



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

21 de julio de 1888

Núm. 38



LAS GALLINAS AVARICIOSAS



EXPOSICIÓN UNIVERSAL

PENETRAR en el Palacio de la Industria y no percibir los efectos del más sorprendente deslumbramiento, es cosa poco menos que imposible. Cuanto produce la actividad humana en sus más hermosas manifestaciones, se halla expuesto en aquellas grandiosas naves con tal profusa variedad, que su conjunto causa verdadero vértigo al órgano visual, el cual, herido por las maravillas que descubre, ni sabe dónde fijarse ni en qué punto descansar de su deslumbrante visión.

Al encontrarnos ya en este maravilloso Palacio, no procederemos con orden en el examen de las diversas naves que lo componen, pues fuera tarea de nunca acabar. Además, no todas, con ser igualmente notables, tienen interés para nosotros; y es preciso atenernos siempre á lo que, á la par de sernos grato, nos reporte alguna utilidad y dilate nuestros conocimientos. Así, pues, sin fijarnos (por ahora, se entiende) en sus hermosas instalaciones, atravesaremos las naves y galerías que ocupan el Japón, Bélgica, Austria-Hungría, Francia, Alemania y España, y al llegar á la gran nave central haremos alto en ella.

Es, la mencionada, la nave que ocupa la sección oficial; y si como las restantes no expone objetos de faustuosa perspectiva y atrayente belleza, se ven, en cambio, otros que llaman vivamente la atención. Ocupa Guerra el primer puesto. Además de gran diversidad de cañones y hermosas colecciones de armas, expone cuantos uniformes ha usado el ejército desde los Reyes Católicos á nuestros días. No podéis figuraros un conjunto más variado y brillante que el que ofrecen aquellos maniqués tan correctamente uniformados, y la idea que dan de los tiempos que de entonces acá hemos andado. Hoy todo ha alcanzado un grado de perfección extraordinaria, y lo que se ha perdido en belleza se ha ganado, en cambio, en comodidad, que no es floja ventaja tratándose del equipo del ejército.

Nada tan molesto y poco airoso como los uniformes que figuran en el primer grupo, los cuales mejor parecen ropas talaras que marciales vestiduras. Más perfección denotan los de las restantes secciones, particularmente los correspondientes á la época de Carlos III, que á su peculiar elegancia tienen un carácter muy guerrero y un tipo muy marcial.

Pertenecen asimismo á Guerra una hermosa colección de planos que expone

ne el cuerpo de ingenieros. Están trabajados con tal primor, que más que simples planos militares parecen prodigiosas miniaturas confeccionadas por manos de hadas. ¡Cuánta delicadeza en los relieves, cuánta pulcritud en el di-



La niña de seis años

seño, cuántos primores en todos los detalles! Hay que verlo para apreciar debidamente el mérito de unos trabajos dignos, en todos conceptos, del distinguido cuerpo que los expone.

También Ultramar presenta una sección digna de figurar en el departa-

mento de Guerra: tal es una colección de tipos filipinos, uniformados según visten nuestros soldados en aquel país y los naturales que forman en las milicias. Es un grupo muy completo, que da cabal y exacta idea de los tipos militares de aquellos indígenas y de las tropas que guarnecen aquellas leales y apartadas regiones.

Filipinas ocupa el primer puesto entre las posiciones de Ultramar, y es realmente sorprendente fijarse en el adelanto de su industria, en la riqueza de sus maderas, en lo exquisito de sus frutos y en la perfección que han alcanzado todas sus producciones. Sin aventurar augurios, después de visitadas todas las secciones correspondientes á las diversas provincias de Ultramar, puede afirmarse que, dado su estado de prosperidad y florecencia, el porvenir es de Filipinas.

Fomento compite dignamente con las dos mencionadas secciones, y ofrece ancho campo para un detenido y detallado examen. Como le corresponde á esta sección cuanto pertenece al ramo de enseñanza y á los estudios naturales, merece que se le dedique capítulo entero y aparte, y que seamos más explícitos en la reseña de sus instalaciones.

Por hoy diremos solamente que expone magníficos ejemplares en mármoles de todos colores, en numismática y cerámica, en vegetales y minerales, en libros y mapas, y en cuanto concierne á tan importante sección, de la cual os hablará cumplidamente en otro número

BENJAMÍN



ARTURO Y JUANILLO

(HISTORIA DE DOS NIÑOS Y DOS PERROS)

La infancia no suele reparar en desigualdades sociales. El hijo del marqués de Retamar, niño de diez años, había contraído con el hijo de su guardabosque una amistad verdaderamente fraternal, viniendo á formar una diminuta edición de Orestes y Pilades.

Se buscaban siempre el uno al otro, sobre todo para jugar, y se repartían por igual lo mismo los juguetes que las meriendas.

Acerca de ese particular, puede asegurarse que á Arturo el marquesito (como llamaban al primero) le gustaba el pan de centeno de su amigo Juanillo tanto como á éste los pasteles que le tocaban.

—No te gustaría tanto si tuvieses que comerlo, como yo, por la mañana, por la tarde y por la noche,—decía el del guardabosque.

—Pues ya te cansarían los pasteles si te los ofrecieran también á todas horas,—respondía Arturo.

Solamente en una cosa dejaba de haber conformidad entre ambos amigos. Es el caso que cada cual tenía un perro; y mientras el marquesito celebraba con entusiasmo las gracias del suyo, magnífico Terranova, solía



La madre cariñosa

burlarse del humilde gozquecillo, que era inseparable compañero del otro niño, y aun maltratarle algunas veces.

Esto disgustaba mucho á Juanillo, cuyo carácter apacible contrastaba con la viveza y arrebató que distinguían al hijo del magnate. En vano le reprochaba su cruel proceder. Arturo invariablemente solía replicar:

—Quiero espabilarle, porque ese *Chocolatero* es muy tonto. De cuando en cuando le conviene un tirón de orejas.

—Sin embargo de eso, el pobrecillo te quiere y te sigue como á mí...

—¡Toma... porque le doy más golosinas que tirones! No sirve para nada.

—Pues bien: dijo el maes-



Algunas hormigas raras

tro que el perro es uno de los animales que más sirven.

—Sí, pero no perros como el tuyo.

Callaba Juanillo, cansado de replicarle, y acariciaba silenciosamente al despreciado animalejo, que lamía sus manos y parecía protestar contra las palabras de Arturo con su noble é inteligente mirada.

Un día, habiendo ido Juanillo con sus padres á la ciudad, quedó solo, en la

casita del guardabosque *Chocolatero*, como llamaban al perrito por su color.

Arturo fué á buscarle para divertirse con él y con su Terranova en el soberbio parque de Retamar.

Empezó á perseguirle en torno del estanque, con la diabólica idea de zambullir al pobre animalito en el agua, sin contar que tenía dos metros de profundidad.

En esto el Terranova salió disparado detrás de unos mendigos que había visto asomar por la verja del parque.

Casi al mismo tiempo, yéndosele un pie al niño, cayó al agua.

Entonces el perrillo se detuvo al borde, y se puso á ladrar tan fuerte y lastimeramente, con tales demostraciones de alarma y sentimiento, que, acudiendo el jardinero, comprendió en el acto lo ocurrido, se arrojó al agua vestido como estaba, y salvó al hijo de su amo de una muerte que, á tardar algunos momentos más, hubiera sido inevitable.

Entretanto allá á lo lejos se sentían los ladridos del Terranova en persecución de los mendigos.

Una hora después, Arturo abrazaba y besaba al perrillo con lágrimas que expresaban tanta gratitud por lo que le debía como remordimiento por lo que le había maltratado.

Juanillo abrazaba á los dos.

Las familias del marqués y del guardabosque contemplaban la escena, unidas en idénticos sentimientos.

— ¡Dime ahora si el pobrecito no sirve para algo! — murmuraba Juanillo.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL





El hombre de nieve

¿NOBLEZA OBLIGA?

I

El heredero de cien blasones
y el pobre niño del labrador
juntos jugaban en las orillas
de un riachuelo murmurador.

No había entonces pobres ni ricos,
todo era entre ellos dicha sin par,
y tanto el noble como el plebeyo
sólo pensaban en retozar.

Una mañana que, en competencia,
quisieron uno y otro correr,
el marquesito, perdiendo tierra,
entre las aguas llegó á caer.

Y el otro niño, en un arranque
casi imposible de concebir,
tras él lanzóse, lo sacó á nado
y á tal esfuerzo debió el vivir.

II

Aquellos niños se hicieron hombres,

y el potentado y el labrador
juntos seguían, con esos lazos
que unen al siervo con el señor.

Una mañana salieron ambos
las heredades á visitar,
y había en medio de la jornada
un riachuelo que atravesar.

Pasó el ricacho con su caballo,
detrás el mozo lo intentó hacer;
mas su montura, pisando en falso,
entre las aguas le hizo caer.

Luchó esforzado con la corriente,
teniendo al cabo que sucumbir,
mientras el amo, desde la orilla,
casi impasible le vió morir.

III

¿Nobleza obliga? Valga el proverbio,
pero con cierta limitación,
que la nobleza de los blasones
no es la nobleza del corazón.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO



Bebé

— NUESTROS GRABADOS —

LAS GALLINAS AVARICIOSAS

Cierto día piqué una porción de carne y llevésla á mis gallinas.

Había un pedazo más grande que los demás, que cubría aún el hueso; y al poner la cazuela delante de las aves, una de ellas, la más avariciosa sin duda, cogió el hueso y echó á correr. Otra lo quiso también, y lanzóse en seguimiento de su compañera para robárselo; y mientras corrían de un lado á otro con el hueso, que no podían tragar, las demás gallinas se comieron toda la carne bien picada.

Cuando las dos avariciosas se cansaron de disputarse aquella presa, dejáronla en el suelo, convencidas de que no podían comerla, y corrieron á donde se hallaban las otras; mas ya no encontraron nada en la cazuela, de modo que se quedaron sin comer á causa de su avaricia.

Aquellas gallinas fueron, sin duda, muy torpes; pero he conocido algunos niños y niñas que algunas veces no obran con más juicio.

LA NIÑA DE SEIS AÑOS

Con su libro debajo del brazo, Luisita sale para ir al colegio, y con los dedos envía un beso de despedida á su mamá. Parece muy orgullosa porque ya sabe cuantos son dos y dos y conoce perfectamente el abecedario; pero no son los libros solamente lo que le enseñarán todo lo que debe aprender en la vida. De hora en hora sabrá alguna cosa más: las brisas que soplan á su alrededor, las flores que exhalan delicioso perfume á su paso, las nubes que en abril dejan ya ver el límpido azul del cielo, las avecillas que trinan en los árboles; todo esto es una lección para la inocente niña, que poco á poco estudia la naturaleza.

LA MADRE CARIÑOSA

Con un niño en los brazos, la madre canta dulcemente para atraer el sueño á los ojos del tierno infante; pero éste la mira fijamente, sin manifestar el menor deseo de dormir, hasta que al fin comienza á declinar el día, la sombra envuelve todos los objetos, y el niño cierra al fin los ojos, después de recibir repetidas caricias de su cariñosa madre.

Las tinieblas reinan en el espacio, las estrellas brillan en el cielo, y, mientras la madre las contempla, su niño queda profundamente dormido.

ALGUNAS HORMIGAS RARAS

—¿Qué diríais, hijos míos, si vieseis á una hormiga llevando un parasol?—preguntaba el tío Antonio á unos niños que le rodeaban.

—¡Cómo puede ser eso!—exclamaron dos de los oyentes á la vez.

—No es posible,—añadió un tercero,—que una hormiga lleve un parasol.

El tío Antonio había vuelto, hacia muy poco, de las Indias Occidentales y de la América del Sur, y hallábase en disposición de contar á los niños muchas historias maravillosas sobre las cosas extrañas y las singulares localidades que había visto; pero todos creyeron que se chanceaba al decirles que existían hormigas que llevaban un parasol.

—Pues bien,—continuó el tío Antonio,—habéis de saber que estos parasoles no se componen de un pedazo de seda y una armadura de alambre, pues solamente son fragmentos de las hojas de los árboles, los cuales llevan las hormigas en la boca, de tal manera, que se cubren casi completamente el cuerpo haciéndose invisibles; de modo que se diría que las hojas andan por sí solas. En las Indias Occidentales fué donde vi por primera vez estos insectos. Certo día, en ocasión de ir en coche con un amigo para visitar sus posesiones, cruzó por delante de nosotros una numerosa legión de esas singulares hormigas. Las observamos durante largo tiempo, y os aseguro que presentaban el más extraño espectáculo que jamás he visto. No iban muy de prisa, y contábanse, sin duda, miles de ellas, pues no era posible ver el principio ni el fin de la columna que formaban.

—Y ¿á dónde se dirigían?—preguntó un niño.

—Llevaban las hojas á sus nidos; no precisamente para conservarlas, sino porque les agrada mucho una sustancia que en ellas se produce cuando han estado algún tiempo bajo la superficie del suelo. Las hormigas son muy destructoras y hacen mucho daño, pues á veces dejan completamente desnudo un árbol que estaba cubierto de abundante follaje.

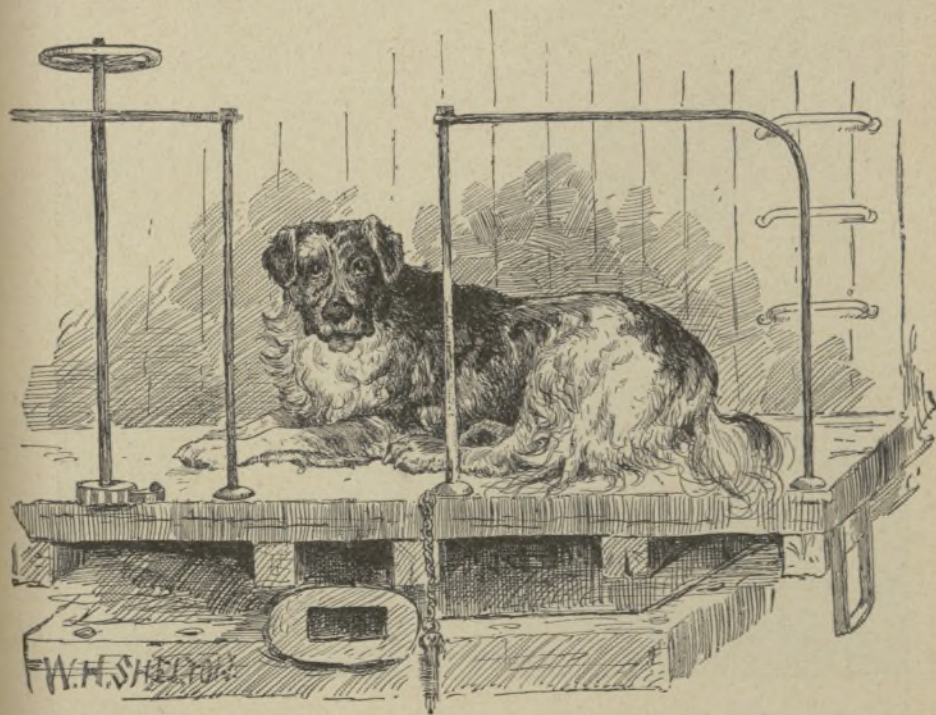
—Y ¿no tenemos aquí hormigas de esa especie?—preguntó el más curioso de los niños.

—Si las hubiese yo quisiera ver algunas.

—No,—contestó el tío,—aquí hay hormigas bastante curiosas; pero no como estas de que acabo de hablaros, bastante comunes en las Indias.

EL HOMBRE DE NIEVE

¿Qué imagen es esa tan grande y tan blanca que se ha detenido en medio del patio y que parece llevar una carabina en la mano como un soldado que estuviese á punto de hacer



El perro del ferrocarril

fuego? Es un hombre de nieve que los chicos se han entretenido en formar, poniendo después entre sus brazos un palo, y cubriéndole después la cabeza con un sombrero viejo.

Allí permanecerá los días y las noches mientras el cielo esté nublado y los vientos sean fríos. Soldado de nieve, ninguno podría arrostrar con tanta impavidez los fríos y las tormentas; pero cuando el sol brille, el guerrero desaparecerá como una visión fantástica, quedando reducido á un charco de agua.

BEBÉ

Son los bebés capullos de la existencia humana, y nada más á propósito que representarlos entre flores, como quien tiene más de fresca y lozana rosa que de fatigado racional. Ved, si no, nuestro regordete bebé. ¿Quién no diría que es un pimpollo y que la gorrita con que cubre su cabeza no es una corola de blancos pétalos, cual los de fragante gardenia?

EL PERRO DEL FERROCARRIL

En un pueblecillo situado junto á la línea férrea, había un magnífico alano al que se puso por nombre *Mustafá*, el del carril, porque había viajado por casi todos los caminos de hierro.

Cuando un tren estaba á punto de partir, saltaba al furgón, y, una vez en marcha, miraba atentamente á su alrededor como si le regocijara la vista del paisaje.

Apenas se detenía el tren, *Mustafá* saltaba á tierra, y acercábase al jefe de la estación para hacerle fiestas; de modo que todos los empleados le conocían muy bien. Debe advertirse que rara vez visitaba el perro dos veces la misma estación.

Un día *Mustafá* no volvió á su casa, y su amo creyó que le habría cogido algún tren;



Una historia verdadera

pero al cabo de algún tiempo el fiel animal se presentó, con gran alegría de todos: la rueda de un coche le había dañado una pierna, y por eso estuvo ausente tanto tiempo.

La esposa del jefe de la estación quiso regalarle un collar, y con él fué conducido á una exposición de perros, donde alcanzó el primer premio, no por su nuevo adorno, sino porque era, en realidad, un animal tan notable por su inteligencia como por su aspecto.

UNA HISTORIA VERDADERA

Cuando yo era niña mi papá me refirió una verdadera historia que voy á referir ahora. «Erase un niño llamado Guillermo, que sólo contaba cinco años; y como su mamá no tenía otro, consagrábale todos sus cuidados, esforzándose para que fuera obediente y aplicado y pudiese llegar á ser un hombre de provecho; pero Guillermo no atendía siempre á los consejos que se le daban.

Un sábado, la mamá bañó á Guillermo, vistióle como de día de fiesta, y le puso sus zapatos nuevos.

—Escucha,—dijole cuando estuvo arreglado y después de darle un beso;—apenas salgas de la iglesia, vuelve á casa directamente y no te detengas á jugar en el camino, pues si tardas estaré muy inquieta.

—No tenga V. cuidado, mamá,—contestó el niño;—volveré corriendo.

Pero ¡ah! Guillermo olvidó muy pronto su promesa, pues al pasar junto al río, de regreso á su casa, llamaron su atención las cristalinas ondas y unos hombres que pescaban.

—Los miraré un momento,—dijose el niño,—y después correré hacia casa.

La playa estaba muy resbaladiza, y, al inclinarse Guillermo para ver mejor un pez muy



Eduardito

grande que uno de los pescadores acababa de sacar, resbalósele un pie, perdió el equilibrio y fué rodando á caer en el agua.

Al punto desapareció en las verdes ondas, después subió á la superficie, hundiéndose de nuevo para reaparecer por segunda vez, y, al llegar á la superficie por tercera, uno de los pescadores, que había corrido á salvarle, cogióle y le sacó fuera, por fortuna para el pobre Guillermo, pues ya no habría vuelto á la superficie más. El niño estuvo enfermo muchos días después, atacado á veces de un violento delirio, durante el cual gritaba que se hundía.

Cuando se hubo restablecido, dió gracias al Todopoderoso por haberle librado de tan triste muerte, y desde entonces fue siempre obediente.»

—Y ¿dónde está ahora ese niño?—pregunté á papá.

—Muy cerca de aquí,—contestó tranquilamente;—yo era el niño.

—¡Oh! ¡Qué cerca estuvo V. de la muerte, papá!—exclamé abrazándole.

—Sí, hija mía,—repuso,—y espero que tú aprenderás á ser obediente para que no te suceda algún percance.

—¡Oh, sí! Yo procuraré no desobedecer nunca.

EDUARDITO

Bien abrigado con sus pieles, y cubierta la cabeza con una espesa gorra de lana, ¿qué le importan al lindo Eduardo las nieves y las tempestades? El más crudo frío no basta para que desaparezca la sonrisa de sus labios ni el color sonrosado de sus mejillas, sus azules ojos y su dorado cabello. Sus formas llenas y redondeadas y su belleza angelical son con justa razón el encanto de sus padres, para quienes no hay en el mundo ningún ser que iguale á su querido Eduardo.

LA NIÑA RECADERA

La mamá estaba tan ocupada que envió á su Engracieta á comprar varias cosas: un pedazo de jamón, un pan y una libra de sal. Dióle el dinero necesario, y además dos cuartos para que comprara un poco de azúcar piedra, que le gustaba mucho.

El tendero entregó á Engracia lo que se le pedía, envolviéndolo en un papel, y después la niña fué á la panadería. El tahonero le preguntó si llevaba los cuartos, y Engracia contestó afirmativamente, dándole el papel en que estaban envueltos los demás artículos, y diciendo que allí encontraría los cuartos. El hombre desenvolvió el paquete y dijo á la niña que no veía allí el dinero, pero que podía llevarse el pan y pagarlo al día siguiente.

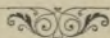
Engracia no acertaba á comprender. Volvió corriendo á casa, y dijo á su mamá:

—Temo mucho que el panadero me haya engañado, porque yo llevaba el dinero en el paquete que me hizo el lonjista, y estoy segura de no haberlo perdido.

—Has comprado demasiado azúcar piedra,—repuso la mamá,—y, por lo tanto, no te habrá sobrado cambio alguno como tú piensas. Debiste comprar antes el pan.

Engracia reconoció que esta era la verdad, y sintió mucho haber supuesto que el tahonero tratase de engañarla; y apenas recibió los cuartos, fué corriendo á pagar el pan y á disculparse.

Desde aquel día Engracia no se ha vuelto á equivocarse más, y cuando se la envía á alguna parte compra todas las cosas que le encargan cuidadosamente, como pudiera hacerlo una persona formal.



LA FAMILIA HONRADA

(Conclusión)

—Hijos míos,—repuso el anciano,—haced como gustéis: mi viejo corazón nada en alegría al veros á todos tan dichosamente reunidos en torno mío.

Sentóse el padre bajo la glorieta, y sus hijos se colocaron á sus pies. Paulina habló la primera, después Fanny, después Jaime y después Francisco. Cuando hubo contado cada uno su historieta, ofrecieron á su padre una bolsa, su fortuna reunida: era la recompensa de su buena conducta.

—Hijos queridos,—dijo Frankland, que no podía contener sus lágrimas.—¡Esta es demasiada dicha para mí! ¡Es este el más feliz momento de mi vida! Nadie, á no ser el padre de tales hijos, puede saber lo que yo experimento. Vuestro feliz éxito en el mundo me causa diez veces mayor placer al saber que únicamente lo debéis á vosotros mismos.

—¡Oh, no, querido padre!—exclamaron todos movidos por un mismo impulso.—¡No, querido padre! ¡A vos tan solamente lo debemos! Todo lo que poseemos es debido á los cuidados que nos habéis prodigado desde nuestra

más tierna infancia. Si no hubieseis velado por nosotros, si no nos hubieseis educado tan bien, no nos encontraríamos tan dichosos ahora.

Aquí fueron interrumpidos por la fiel Ana, que permanecía siempre con el viejo Frankland. Atravesó el jardín corriendo tan aprisa, que al llegar á la glorieta apenas podía respirar ni hablar.

—¡Caros corazones, bendígaos Dios á todos!—exclamó al punto que pudo resollar.—Pero no es este el momento de permanecer sentado donde estáis. Veníos, señor, por el amor de Dios,—dijo dirigiéndose á su viejo amo;—veníos para hallaros presto. Veníos todos para hallaros prestos...

—¡Prestos! ¿Para qué?

—¡Oh! Para muy bellas cosas; para cosas bellísimas. Veníos y os lo diré por el camino. Me he picado con esas grosellas... Pero no es nada... ¿No sabéis, pues, lo que pasa? Pero... ¿cómo habíais de saberlo? ¿Acaso habéis reparado siquiera en mí cuando habéis entrado?

—Perdónanos, buena Ana: estábamos tan presurosos por ver á nuestro padre, que no pensábamos en nadie ni en nada.

—Es muy natural. Pues bien, Srta. Fanny: he ido á la casa grande, á casa de vuestra señora; muy buena, ya sabéis. La Sra. Hungerford me ha enviado á buscar para contarle algo y me ha referido cosas que no sabéis aún. Todo lo que puedo deciros es que hay un coche que está esperando á mi amo para conducirlo á su nueva habitación; que hay caballos ensillados para vosotros y para mí. La Sra. Hungerford ha venido en su calesa, el joven Sr. Folingsby llega en su carabá, el Sr. Barlow en el carruaje del Sr. Josiah Crumper, y el Sr. Cleghorn y su hija en un cabriolé, y... una porción de otros coches de amigos de la Sra. Hungerford; y hay gran gentío en la calle... y he venido para preparar el almuerzo.

—¡Oh, mi buen padre!—exclamó Francisco.—Vamos, aprisa, y quitaos ese uniforme antes de que lleguen. Ya os hemos comprado vestidos nuevos.

Francisco le quitó el uniforme, como decía, y lo arrojó lejos de sí, diciendo:

—Ya no te llevará más mi padre.

Acababa Fanny de anudar la corbata del anciano, y Paulina había alisado apenas sus blancos cabellos, cuando se oyó el ruido de los coches. Cuanto acababa de decir Ana era verdad. La Sra. Hungerford había invitado á todos sus amigos y cuantas personas conocían la buena conducta de los Frankland para acompañarlos en aquella dichosa ocasión.

—Las cabalgatas y procesiones triunfales,—decía ella,—son de ordinario simples locuras... simples satisfacciones tributadas á la vanidad, en tanto que hoy es un homenaje tributado á la virtud. Daremos un buen ejemplo a país, mostrando que respetamos y admiramos la virtud do quiera que se encuentre. Hé ahí toda una familia cuyo comportamiento ha sido admirable. Esos hijos han hecho toda clase de esfuerzos para arrancar á su padre de la penosa condición á que se encontraba reducido, sin que tuviesen la menor falta que echarse en cara. Han salido bien de su empeño. Démosles lo que apreciarán más que el dinero: el testimonio de nuestra consideración.

Convencidos ó persuadidos por los discursos de la Sra. Hungerford, todos los amigos y conocidos la acompañaron á la casa de caridad. Seguía una grande multitud, y el anciano Frankland fué conducido como en triunfo por sus hijos á su nueva habitación.

El feliz padre vivió aún largos años para ver acrecentar la prosperidad de su familia. ¡Puedan todos los buenos padres tener hijos tan agradecidos!

FIN

SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Rombo: P, Cal, Palos, Los, S.—Tercio de sílabas: Zángano, Gaceta, Notable.—Charadas: Carmencita, Salamanca. Petróleo

PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES



La niña recadera

ROMPECABEZAS

M
 . A . . .
 . . R . .
 . . . I .
 A

Sustitúyanse los puntos por letras de manera que leído horizontalmente resulte en cada uno un nombre de mujer.
 ALFONSO PELLICO

TERCIO DE SÍLABAS

. . . | . . . | . . .
 . . . | . . . | . . .

Primera línea vertical y primer po horizontal, zarzuela; 2.ª, golosina; 3.ª, ciudad española.

EUDALDO DALTAHUIT ANDRÉ

CHARADA ACERTIJO

Contengo cuatro vocales;
 consonantes sólo tres;
 y formando cuatro sílabas,
 nombre de una santa es.

Vas invirtiendo las mismas;
 y si las combinas bien,
 te darán por resultado
 cinco nombres de mujer.

AMALIA GARCÍA CALABUIT

CHARADAS

Una dos tres la una cuatro
 cuando yo á todo rondaba,
 y apareció una dos tres
 asomada á una ventana.
 Tras ella vino tres cuatro,
 y dijo en tono de chanza:
 —¡Cómo le gusta á la todo
 que le hagan serenata!

M. DE LOS ÁNGELES NAGERA

ACRÓSTICO

Con las iniciales de los siguientes metales formar un nombre de mujer:

Rodio, Aluminio, Iridio, Erblio, Mercurio, Niobio, Antimonio, Estaño, Cobre, Niquel, Estroncio.

ÁNGEL ULLASTRES

FUGA
DE CONSONANTES

.o.o .o.o .o.o .o.o
 .o.o .o.o .o.o .o.o
 .o.o .o.o .o.o .o.o
 .o.o .o.o .o.o .o.o

PACA DORREGO

Se me cae la prima prima
 viendo mi primera tertia.
 ¡Jesús! ¡Qué prima segunda!
 Me ha dejado satisfecha.
 Me voy á comer el todo
 para celebrar la fiesta.

CAPS

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA